

Esta Sección tiene como objetivo publicar opiniones breves sobre temas psiquiátricos, psicológicos, artísticos, políticos, etcétera. Esperamos lograr un interesante intercambio de opiniones con esta modalidad.

LOS GRANDES EDUCADORES DE AYER Y DE HOY

(Rev GPU 2015; 11; 3: 228-229)



Hernán Villarino

Los siete sabios fueron educadores y maestros de los griegos. Solón, y el divino Platón que descendía en línea directa suya, fueron quienes les dieron las leyes. La legislación que concibió Solón se hacía cargo de los cambios sufridos por una antigua comunidad agrícola, y de la emergencia de nuevas clases y estamentos que las costumbres de antaño dejaban en desmedro. Los viejos privilegios fueron cercenados, pero lo peculiar de su constitución es que nadie quedó contento. Ninguno obtenía todo lo que quería pero tampoco ninguno quedaba desamparado.

Es muy notable que los contemporáneos estuvieran en contra de las reformas. Por eso, terminada su tarea se exilió voluntariamente de Atenas durante diez años, y aunque todos querían nadie en su ausencia osó derribar el edificio. Tal era el equilibrio alcanzado, que cualquiera intuía que dinamitarlo era volver a los

enfrentamientos y a la posibilidad de la guerra civil y la injusticia. Los hombres, finalmente, se acostumbraron a vivir con las nuevas leyes, porque eran las mejores posibles; y no tuvieron en frente la figura de Solón que podría haber catalizado la oposición con sus consabidas luchas y revueltas sangrientas.

Cuando Solón volvió a Atenas su creación era ya una obra independiente que vivía su propia vida, y que nadie se atrevía ni quería reemplazar. Él no estuvo allí en la época en que se asentaba, le dio, como se dice, el puntapié inicial, y después dejó que creciera con su propia vitalidad si es que la tenía, y como sabemos la tuvo. Tal fue la sabiduría y generosidad de este hombre, y los griegos finalmente aprendieron a reconocerlo y venerarlo.

Las nuevas leyes, como es fama, engrandecieron a la nación, porque los conflictos y las contradicciones

fueron la fuente de su crecimiento y no de su destrucción. Pero no hay obra humana que sea definitiva, no se puede clavar la rueda de la fortuna. En los capítulos finales de su historia no se encontró ningún nuevo Solón, y las mezquindades y miserias de los partidos arruinaron a Grecia, que concluyó como una provincia romana sin soberanía, grandeza ni libertad, excepto las que habitan en el recuerdo y que se despiertan con la emocionada rememoración de tiempos mejores.

La debilidad de la constitución griega en la época de la decadencia, a juicio de Hegel, era el conflicto insoluble entre la ley de la familia y la ley estatal, es decir, entre los afectos y los intereses, entre los amores y los deberes, entre la piedad y el cálculo, etc. En la Antígona de Sófocles la contradicción en el cumplimiento de las obligaciones con la una y con el otro se transfiguran de un modo consciente y trágico. Para Hegel esta

era la demostración que lo particular (la familia) y lo universal (el Estado) carecían, en la Grecia de la época, de ese punto de síntesis, de unidad en definitiva, que garantiza la pervivencia de una sociedad.

Cuando en nuestro país se habla de la reforma de la educación no se apela a las grandes transformaciones políticas de las que pende. No tenemos a la vista ningún Solón. El conflicto entre lo particular y lo universal que está en la base, lejos de ser aclarado es escamoteado. Los argumentos morales que la justifican, a los que apelaba Solón, se disfrazan con las argucias de los “expertos”; o con los textos de pedagogía de Harvard o de técnica educativa finlandesa, todo lo cual no es más que el último eslabón y el menos importante. Si las aulas deben tener 20 o 30 alumnos, si debe pagar este o este otro, y cosas por ese estilo, son los enormes y lamentables argumentos de la reforma educativa nacional.

Es que en Chile, en el conflicto entre lo particular y lo universal, nuestros grandes educadores lejos de plantearse la síntesis toman invariablemente el partido de lo particular. De allí que su descendencia, con las lecciones aprendidas, se ocupe en el turbio negocio de las armas; o deje tumbado a un campesino en alguna carretera para que muera en la fría noche, o especula con el destino de los suelos para embolsarse jugosas e irregulares ganancias, etc. Es que entre las aspiraciones de nuestros grandes educadores, a diferencia de Solón, no está engendrar ningún Platón sino todo lo contrario. Y efectivamente obtienen lo que buscan.

Pero, ¿qué le cabe esperar a una nación dirigida con el espíritu de las fórmulas que ellos transmiten? Pues nada menos que los rendimientos que efectivamente obtienen, a lo que dan efectiva forma en el seno de sus íntimas devociones y desvelos particulares. Y al fin de cuentas papá y mamá, los grandes encargados de la educación, por encima del interés general pondrán siempre el destino de sus vástagos y estarán siempre detrás de ellos para justificarlos y salvarlos.

El problema con los grandes educadores nacionales no es que sean especiales en ningún sentido, especialmente malos o especialmente buenos, simplemente están, como todos nosotros: atrapados, y se muestran impotentes para resolver el conflicto entre lo universal y lo particular. En realidad no son grandes educadores, sino educadores comunes y corrientes. Ninguno es como Solón, ciertamente, pero nosotros tampoco lo somos. Estamos en una situación tal donde son ciegos los que guían a otros ciegos.

El gobierno de los ciegos se funda en el disimulo, la dominación y la violencia. Nos hemos acostumbrado a ello. Creemos que la ciencia política está en los escritos aviesamente interpretados de Maquiavelo o Tsun-Tzu o, peor aún: en los de Lenin. Cualquier tráfuga contemporáneo se inspira en ellos. Por eso es absurdo pedir que Fidel Castro, Kim-II-Sung, Videla o Pinochet se exilien diez años del país que han “reformado” para dejar que sus cambios maduren y ganen fuerza propia. Saben mejor que nadie que sin su fuerza carente de escrúpulos toda su obra se vendría al suelo.

Del mismo modo, ¿quién cree que cualquiera reforma educativa dependa de sus razones intrínsecas y no del partido que está en el gobierno? Durante estos últimos treinta años en España se han hecho tres distintas leyes orgánicas de la educación en estricta función de las alternancias en el poder. Ninguna ha servido, ninguna resolvió lo que estaba destinado a resolver, ninguna duró ni la defendió nadie, aparte de los expertos y funcionarios de turno pagados por el Estado. En Chile ya llevamos dos.

El ser humano está hecho de tal modo que precisa reconocer lo necesario libremente. Lo necesario sentido como impuesto y carente de objetividad siempre es fuente para la rebelión. Solón resolvió esta difícil ecuación entre el poder y la sabiduría, entre la fuerza y la justicia, y además en el tiempo indicado y en adecuada proporción; hizo sabiamente lo necesario, lo que no pudo sino ser libremente asumido por todos. Pero la astuta *realpolitik* moderna, de cuya cientificidad todos estamos convencidos, no puede recordar que alguna vez existió un Solón, y en realidad muchos otros como él. Tal es nuestro deforme gusto y exaltación de la fuerza, la violencia y la imposición.

Ante los reiterados fracasos de la humanidad reciente para resolver los problemas de toda índole que tiene planteados, como dijera Heidegger en el ocaso de su vida: pareciera que solo un dios (lo divino es la síntesis perfecta de lo universal y lo particular) pudiera salvarnos. Pero de momento no está ni se lo espera.